

PRECIOS

MADRID

Tres meses.. 9 rs.
Seis id. 16 »
Un año. 30 »

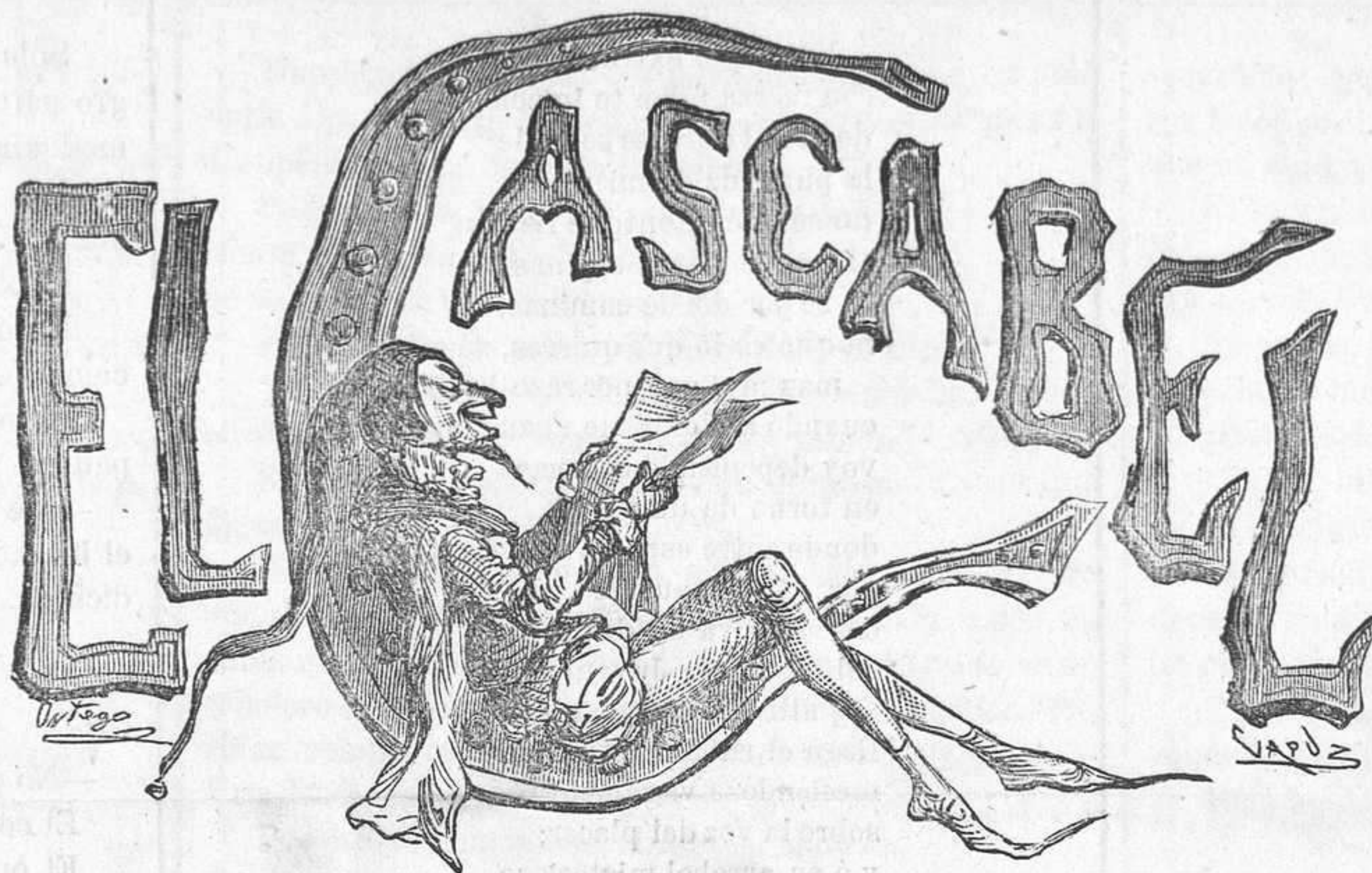
PROVINCIAS

Tres meses.. 10 rs.
Seis id. 18 »
Un año. 34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION,

Plaza de Matute, núm. 2.



PRECIOS

EXTRANJERO

Tres meses.. 22 rs.
Seis id. 38 »
Un año. 74 »

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.

AMÉRICA

Seis meses.. 38 rs.
Un año. 70 »

FILIPINAS

Seis meses.. 60 rs.
Un año. 100 »

ADMINISTRACION,

Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA.

—Mas que usted no quiera, *señá Dwigis*.
—Ay, hija, no me habia fijao, ¿qué tal está usted?
—Bien, gracias, ¿y usted?
—Bien, gracias, ¿y en casa?
—Todos buenos, gracias, á Dios gracias ¿y por la suya?
—Sin novedad particular que ocurra, gracias. Ya dirá usted: miren la orgullosa; pero no se vaya usted á figurar que se le olvide á una lo que ha sido una, porque con tantas cosas como trae una metidas en la cabeza, y luego con esto de la encomienda de mi esposo...
—Sí, ya me han dicho que le han hecho ahora caballero.
—Usted dispense, que caballero no lo es, ni lo quiere ser mientras viva, por no confundirse, vamos al decir, con la morralla; le han hecho comendador de *Cárlos el tercero*, y le aseguro á usted á fe de comendadora, que es más que caballera, que casi casi estoy harta de la situacion, y si no fuera porque Damian presta su apoyo al gobierno, y dice que la mujer debe dar lustre al marido, ya me habria retirao de la política pa mientras durara la existencia de mi vida.
—Y diga usted, aunque sea mal preguntado, ¿qué viene á ser eso de comendador de un *tercero*?
—Yo, si la he de decir á usted la verdad, sé lo mismo que mi marido, que anda buscando la vida de *Cárlos III* con el conqué de averiguar lo que el buen señor le encomendó; pero si vamos á contar por los dedos, comendador de los de la clase de mi marido, viene á ser un bragazas que tiene su tienda y su modo de vivir honradamente, y presta mucho dinero á unos señores que despues cuando se arma la gorda suben á subsecretarios y más alto si á mano viene, y en diciendo que dicen que van á pagar los favores recibidos, con un papel muy garabateado pagan, y el que soltó el dinero se encuentra con que es caballero de repente ó comendador como mi Damian, y nada más que por serlo paga otra vez la patente, y propinas á este, al otro y al de más allá, y por fin de fiesta tiene que volver á aflojar la mosca para comprarse una cinta que se pone en el ojal de la levita, ó al cuello, segun la categoría del individuo; eso siempre que la *decoracion* sea libre de gastos, porque si no lo es, ó echan contribuciones sobre estas cosas, ya tiene usted *pa* rato si quiere conservar con el decoro debido su posicion y representacion social en la sociedad.
—El que lo tiene lo ha de dar, *señá Dwigis*, y eso de soltar unos cuartos es lo de ménos, con tal de dar en la cabeza á más de cuatro señoronas que ántes nos miraban por encima del hombro, y parecia que no había mundo para ellas, sin que esto sea murmurar; y debian los cuarenta y los ochenta duros al tendero de ultramarinos, mientras que una en su casa comia lo que ganaba. Pues mi marido, ha de saber V., tambien ha echao un memorial para que cuando llegue el caso le den una cruz, y puede que con algun influjo le hagan algo...
—Pues, nada, hija, si V. quiere se lo diremos á mi marido, que ya sabe V. que tenemos vara alta, y lo mismo soy de *comendadora* que de simple persona, y basta que haya sido V. *perroquiána* de las constantes para que lo haga mejor que por otras; veremos á ver si le damos al pariente una cruz *cualesquiera*.

—¿Y qué hay?
—Grandes cosas. Pronto mandamos nosotros.
—Pero, hombre, ¿no se ha acogido V. á la amnistía?
—¿Y eso qué?
—Me parece una ingratitud querer armarla como otros veranos, despues que el gobierno se muestra tan generoso.
—Desengáñese V., eso lo hacen para tenernos contentos, porque nos temen.
—¡Oh!... Son Vds. terribles. ¿Y cuándo?...
—Pronto. Es cosa segura.
—Pero si dicen que ya no se echan Vds. al campo.
—V. lo verá. ¿Cree V. que una causa como la de don *Cárlos* se iba á abandonar.
—A juzgar por los *efectos*, creo que sí.
—Pues nada, amigo mio, al tiempo...
—¿Hace tanto que dicen Vds. lo mismo! Vaya ¿quiere usted un consejo? Pues no vuelvan Vds. á las andadas, que siempre les sale la criada respondona y no hacen ustedes muy buen papel. Cada uno en su casita y dejar esas ideas tan rancias, que ya nadie profesa, y sobre todo no demuestren Vds. tener el defecto de ser ingratos con el gobierno que les permite volver á sus casas. Ahora ménos que nunca podrá ser popular esa *causa*... archivada.
—V. siempre tan incrédulo.
—Y V. siempre tan aficionado á las antigüedades.

✂

—Le digo á V. que ha cambiado la casaca.
—Pero, hombre, si no puede ser.
—Repito que es verdad.
—Mire V. que conozco mucho su vida política, y no concibo...
—Pues la verdad es que ha cambiado la casaca.
—Es falso. Milans del Bosch no es capaz.
—Que ha cambiado la casaca.
—¿V. cómo lo sabe?
—Por los periódicos.
—No puede ser.
—Hombre, que me salga un progresista en la frente, como dice un amigo mio, si no es verdad.
—Jesus, y ¿cuándo ha sido?
—El otro día lo lei, y repito que Milans del Bosch ha cambiado ó va á cambiar la casaca... de uniforme á un cuerpo del arma de caballería.
—¡Acabáramos!
—Si no me dejaba V. concluir.

✂

Y con esto no canso más.
Que haya salud y continuen Vds. saliendo de casa bien armados porque aún se *siguen dando casos* de robos y otras menudencias.
Hasta otro día.

DESDE LA CUNA A LA FOSA,

POR PASCUAL DE LA CALLE.

(Continuacion.)

¡Tienen tal gala y primor, son tan puros y halagüeños los edenes, que en sus sueños se forja el primer amor! Santa pasion, que en la aurora de pobre existencia inerme, dice á la materia «duerme», y á el alma le dice «adora»

y huyendo mortal miseria que á torpe anhelo provoque, dala un beso sin que toque la sombra de la materia. Más ¡ay! que en hondo martirio tal vez se suma de un salto, como la lleven muy alto las alas de su delirio, porque la tierra es la tierra, de goces harto ambiciosa, y el idealismo y la prosa siempre estuvieron en guerra. No tan osada y tan leve, tras de su soñado cielo remonte veloz el vuelo; pues por mucho que se eleve sumida en la dulce calma de un sentimiento profundo, siempre el alma está en el mundo, y el mundo no está en el alma. ¡Triste de aquel, que en sí mismo, juguete de tal pasion levanta con la ilusion altares al idealismo! Por más que huyendo miseria, subiéndose al sol se abraza, por donde quiera que pase tiene que encontrar materia; y ¡ay dichoso si al cilicio de su torpe sed, rendida, no la ve vagar dormida sobre los brazos del vicio! Mas esa edad celestial que nunca sus ansias templá, todo, á traves lo contempla, de su pintado cristal; y es preciso convenir en que son vanos antojos, pretender que abra los ojos cuando se empeña en dormir. Mas ¡ay! que al hacer alarde de un idealismo inocente que en el alma y en la mente vendrá á morir pronto ó tarde, de la terrenal morada llenando el recinto hueco tal vez, la conteste el eco de horrisona carcajada; tal vez allá en el vacio, como el hacha corta el tronco le corte ese grito ronco las alas del desvario; y el corazon que en tal vuelo le siguió preso en sus lazos, se romperá en mil pedazos ántes de llegar al suelo. ¡Miseria ambicion humana, que cuando en torno divisa la cariñosa sonrisa de la juvenil mañana; prodigiosa en concebir sube y sube, sin saber que tendrá que descender cuando acabe de subir; que desde la edad dichosa donde la ilusion anida, la existencia es la caída cuyo término es la fosa; y así rodando y cayendo, y aquí y allá tropezando, su corazon desgarrando va la criatura viviendo; mientras que en sueño profundo, convertida ya en despojos,

ni siquiera abre los ojos
en el dintel de otro mundo.
Pero que duerma y se aleje
loca el alma, á las regiones
donde de amor é ilusiones
sus sedosas gasas teje;
para vestir la sombría
realidad asoladora,
si no se despierta ahora,
ya despertará algún día.
Mientras que acá el devaneo
le arrulle con su presencia,
¡qué mucho que la existencia
pinte á su antojo y deseo!
¡qué mucho que en alabanzas
rompa por glorias distintas,
y ate con mágicas cintas
el mundo y sus esperanzas!
¡qué mucho que los amores
se forje á su imágen bella!
soñemos también, con ella,
sobre su lecho de flores...

EL ALMA.

Dulce ensueño de mi vida,
mujer que con ánsia adoro,
rico y sublime tesoro
de mi primera ilusión:
ven y escúchame, muriendo
suspirar tu nombre en tanto:
¡no te conmueve mi llanto
las fibras del corazón?

¿Tan dura y tan insensible
quieres que en desdenes duerma?
¿No viste que estoy enferma
de tanto sufrir y amar?
¿Por qué con un *sé* divino,
que colme mi ardiente anhelo,
las dulces puertas del cielo
no me abres de par en par?
Mas ¡ay! que por desventura
funesto desden me arrojas
 viniendo á agostar las hojas
del árbol de mi existir.
quise dejarte... ¡locura!
¿dónde iré, que no te vea?
¿dónde hablarás, que me sea,
tu voz, imposible oír?

Amame, sí, y en el fuego
de llama amorosa y pura
ven á hacer con tu ternura
de una cárcel un eden,
donde envidiosos los días,
pisando aromas y flores
huyan, dejando de amores
púdico beso en tu sien;
donde en un cielo de dichas,
gozosas batiendo palmas,
celebren dos puras almas
sacratísimo festín,
mientras que la edad hermosa
de ilusiones purpurinas
nos canta trovas divinas
al son de su bandolín.

Mas ¡oh ventura! Tu boca,
mágico laud sonoro,
me manda un dulce «te adoro»
preso en gasas de rubor;
y á su célica armonía
mecido en el devaneo,
parece que cuanto veo
se duerme soñando amor.

Ven volando al paraíso
de la ilusión más hermosa,
donde sin barro ni prosa
se desliza el ideal;
donde lejos de ese mundo
vanidad, fiebre, y locura,
vive siempre con la pura
trasparencia del cristal.

¡Mas me miras, y detienes
repentinamente el paso
cual si temieras acaso
tus ilusiones perder;
y horripilada y carajada
que á justo estupor provoca,
despréndese de tu boca
tan dulce y tranquila ayer!

¡Qué tienes, que de ese modo
sangrienta burla me lanzas
tronchando mis esperanzas
y huyendo lejos de mí?
¿Dónde vas con tu presteza
tras de otras flores y aromas,
que más que caes, te desplomas
en brazos del frenesí?

No sé qué extraña locura
con fuerza falaz te impele
donde al mirarte se hiele
la pura luz de mi fe;
no sé qué intento te llevas
clavándome tus espinas,
ni sé por dónde caminas,
ni qué es lo que quieres, sé;
mas ¡ay! que por raro hechizo,
cuando al dolor me abandonas,
voy deponiendo coronas
en torno de un ataúd,
donde entre espinas sangrientas
por único mausoleo,
descansa ya un devaneo
del alma y la Juventud:
y allí cual flotante gasa
llega el rubor de tu frente
meciéndose vagamente
sobre la voz del placer;
y á su arrebol misterioso
que todos mis sueños trunca,
voy comprendiendo que nunca
te he sabido comprender:

loca inocencia de un alma,
que en brazos del desvarío
se mece sobre el vacío
luchando con la razón,
hasta que á vista del daño
sumida en horrible miedo,
se queda, como me quedo,
sin alma y sin ilusión.

(Se continuará.)

¡EN EL SITIO!...

(NOVELA DE VERANO)

ORIGINAL DE...

(Continuación.)

III.

La alegría volvió á la casa del brigadier.

Isabel se consideraba dichosa porque había conseguido casarse con el hombre á quien tanto amaba.

El conde prodigaba sus obsequios y sus caricias á su esposa.

Y hasta el mismo brigadier devolvió su cariño al conde, creyendo de buena fe que había estado duro con él al considerarle tan villano.

Y sin embargo, todo era hipocresía en el conde. Puesto en la alternativa de casarse ó de batirse, optó por lo primero, pero jurando vengarse de aquel anciano.

Dos meses estuvo haciendo todo cuanto pudo para captarse la confianza del brigadier. Apenas se separaba de su esposa en todo este tiempo.

Pero como digo, no era todo virtud. Era que no se atrevía á presentarse en público después de lo que había ocurrido.

Huía de los sitios donde podía encontrarse con sus amigos.

Y seguía pensando en su venganza.

Mucho se había hablado del desenlace de la aventura del conde.

—Se casó por fin, decían sus amigos.

—Por no batirse; le creía más valiente.

—No es eso, decía otro, el conde es un hombre de honor.

Tal vez se le tendió un lazo y se ha casado por no tener otro remedio.

—Como el conde es rico...

—Eso será.

—No es creíble, añadía otro, el brigadier es incapaz de semejante acción, decid más bien que el conde es un cobarde. ¡Os olvidáis del bofetón que le dieron?

—En efecto, esa ya es una verdadera prueba.

—¡Qué gallina!

—Parecía que se iba á tragar el mundo.

—¡Eso es un hombre!

Y así sucesivamente, los que aún no se atrevían á dudar del valor del conde acabaron por burlarse de él, y si algún prestigio había conseguido con su fama de galanteador, lo perdió al saberse por todo Madrid el suceso. Nadie volvió á ocuparse de él.

Algunos meses pasaron.

Isabel dió á luz una niña, que vino á estrechar más los lazos de la familia y á hacer que el brigadier, olvidado ya de todo, se volviera loco de contento.

También Isabel se consideraba la más dichosa de las mujeres.

Sólo el conde, que delante de su mujer y de su suegro parecía participar de aquella dicha, estaba sombrío y meditabundo en su cuarto.

Una noche, dos meses después del nacimiento de la niña, el brigadier fué conducido á su casa, sin sentido.

Había sufrido un ataque de apoplejía fulminante.

El conde, vivamente conmovido al parecer, salió diciendo que iba á buscar al médico.

Isabel no se separó de la cabecera de la cama de su padre.

—Me siento morir, hija mía, le había dicho días antes el brigadier; sin embargo, moriré contento porque te veo dichosa.

—Sí, padre mío, muy dichosa.

—Tu marido es bueno y honrado, y ya no te hago falta.

—No pensemos en eso...

El conde tardaba en volver.

El enfermo abrió los ojos un instante, miró á su hija y quiso estrecharla entre sus brazos...

—Isabel... dijo.

Y cayó desplomado. Había muerto.

Isabel lanzó un grito agudo, al comprender su horrible desgracia, y perdió el sentido.

El ama de llaves, que de antiguo servía en casa del brigadier, fué la única persona que estuvo allí para cerrar los ojos al muerto y asistir á Isabel.

El conde no volvió á aparecer.

Al día siguiente, á la misma hora en que el brigadier había muerto, recibió Isabel una carta, cuya letra reconoció en seguida.

Era del conde.

«Isabel, decía, cuando recibas esta carta habré yo salido para el extranjero en compañía de una graciosa bailarina que me adora y á quien idolatro; yo nunca te he querido, bien sabes que me casé contigo por la fuerza, me vengo á mi gusto. Sé que ha muerto tu padre, no me volverás á ver más.

El Conde.»

—Excuso decir á V., añadió Tenerife, el efecto que esta carta produciría en la desdichada Isabel.

Perdía á su padre y la abandonaba su marido.

Quedaba sola en el mundo, sola con su hija y la buena mujer que servía en su casa.

Quedaba además sin recursos, porque el honrado brigadier no contaba más que con su modesto retiro.

Y mientras aquella pobre mujer se retorcia en su lecho sufriendo tan horribles amarguras, mientras se sentía morir á fuerza de tan continuados golpes de la desgracia, llorando á un tiempo la muerte de su padre y el abandono de su esposo que huía con otra mujer, éste salía de España dejando á su esposa y á su hija en la miseria.

El golpe era demasiado terrible para que Isabel pudiera soportarlo.

Enamorada más que nunca de su marido, ni le ocurrió acudir á los tribunales, ni hizo otra cosa que llorar amargamente estrechando á su hija contra su corazón.

Así pasó muy poco tiempo, porque no pudo su naturaleza resistir á tantos sufrimientos.

A los ocho días de la muerte del brigadier, otro cadáver era conducido desde aquella casa al cementerio.

¡Era el de Isabel!

En cuanto á la niña, quedó al cuidado de aquella pobre mujer, que servía en la casa.

—Dígame V. ahora, continuó Tenerife, si le parece el conde tan bueno como se figuraba.

—Es un canalla, le contesté.

—Pues espere V. un poco, que aún queda el rabo por desollar.

Y Tenerife me pidió un cigarro, y me tiró por el aire la petaca que le ofrecía, en otro de sus acostumbrados ataques de nervios.

Después continuó la historia con el tono melodramático de que ya tienen noticia mis lectores.

IV.

Pasaron muchos años, prosiguió Tenerife.

Estamos en 1866.

Un elegante joven, de 25 años, guapo, moreno, de mirada penetrante y facciones correctas, conducía por la Fuente Castellana una lujosa *petit-panier*, que era arrastrada por dos briosos caballos de pura raza.

Al lado suyo iba una mujer joven también, bella y sumamente parecida al caballero que la acompañaba. Todo en ella respiraba la gracia más exquisita y un delicado

gusto en el traje que vestía; elegante sin caer en el ridículo, sabía hermanar el lujo con la sencillez.

En cuanto al joven, vestía también con una elegancia irreprochable.

El paseo estaba lleno de gente y de lujosos trenes que cruzaban en todas direcciones.

La entrada de las personas de que hablo produjo en el paseo una verdadera sensación.

Los que iban á pié volvían la cabeza para mirarlos, algunos saludaban, otros sonreían y hablaban en voz baja.

—¡Qué elegante!

—¡Qué guapo!

—¡Qué interesante! decían las señoras.

—¡Qué preciosa!

—¡Qué encantadora! añadian los hombres.

—¡Ahí va el hombre de moda! decían en un grupo.

—Tiene mucho partido entre las damas.

—Mañana se bate con D. Antonio Perez.

—¿El banquero?

—Sí, parece que D. Antonio tiene celos, y aun verdaderos motivos para exigirle una satisfacción.

—¿Pero su esposa?...

—Su esposa, amigo mio, es joven; D. Antonio ya pasa de los 45, yo no diré que ella sea culpable, pero se dice...

Hay quien asegura que el banquero sorprendió á su mujer escribiendo á...

—¿Quién lo diría, yo que siempre la tuve por un modelo de esposas.

—Y yo lo mismo; pero ese hombre llama la atención, es guapo, es elegante, rico, joven, soltero, y francamente, si yo fuera á decir... Se cuentan muchas aventuras, es un hombre verdaderamente solicitado, hay quien asegura que son *ellas* las que le ponen al borde del precipicio, y que él ha dado muchas calabazas.

—El mundo al revés...

—Ni más, ni menos. Ese joven, según dicen, es francés, y sólo ha amado una vez en su vida á una compatriota suya que murió en París. El sigue siéndole constante aun después de muerta.

—Vamos, que cuando dá tanto que hablar no será tan severo como todo eso.

—Esto es lo que se cuenta, amigo.

—¿Y la mujer que le acompaña?

—Es hermana suya. Mlle. Leontina...

—Ya habrá V. comprendido, continuó Tenerife, que el joven que fué objeto de este diálogo era el Sr. D. Mauricio Maubiet, que al lado de su hermana salía como todas las tardes á dar unas vueltas por la Castellana.

Hijos ambos de uno de los más ricos capitalistas de París, quedarón á la muerte de su padre dueños de una inmensa fortuna.

Educado Mauricio con el mayor esmero, tenía concluida su carrera de abogado, montaba á caballo y sabía tirar al sable y á la pistola como el más consumado maestro.

Y sin embargo, aunque con tales recursos podía haberse entregado á una vida de placeres y aventuras, pudo asegurar que siempre ha sido un hombre honrado, modelo de caballeros, que ni se ha dedicado á seducir mujeres como algunos suponen, ni ha desavenido los matrimonios á sabiendas.

Su apuesta figura, su carácter un tanto decididor y expansivo, y algun lance que ha tenido, no por culpa suya, han podido contribuir á hacerle pasar como un calavera.

No es así, y creo que no ha mentado al referirme estos detalles. Basta mirar su noble fisonomía, conocer su carácter franco y resuelto, tratarle unas horas nada más para comprender que es un hombre leal de buenos y generosos sentimientos.

Una sola vez ha amado de veras. Era la que él destinaba para su esposa, una preciosa rubia hija de un honrado comerciante de París.

El padre de Mauricio se oponía á la boda.

Y ellos se querían más cada vez.

Un rival tuvo Mauricio, hombre grosero y de malos instintos, que no era correspondido por la joven, pero que insistía cada día más, y que trataba no de casarse con ella sino de cometer una villanía.

Mauricio le sorprendió una noche escalando el balcón de su amada, y ya puede V. figurarse lo que sucedería.

Le hizo descender, le abofeteó, y le obligó á batirse con él, aunque el otro hizo cuanto pudo por evadirse.

Aquella misma noche tuvo lugar el desafío.

Mauricio buscó á dos amigos suyos para que le sirvieran de testigos, y tuvo que acompañar á su rival á casa de los suyos, temiendo que no volviera á aparecer.

El duelo fué á sable y á la luz de un farol.

Varias veces intentó huir el contrario de Mauricio; sus manos temblaban y pedía perdón.

Mauricio le exigió al ver tanta cobardía que no volvería á presentarse á sus ojos, y se acabó el desafío cuando apenas habían cruzado los sables.

Pudo herirle, pudo matarle, pero á pesar de la grave ofensa recibida perdonó generosamente á su rival, á quien no se volvió á ver por París.

Al poco tiempo murió el padre de Mauricio.

Ya pensaba este unirse á la mujer que amaba, cuando otro golpe terrible le sumió en el más profundo dolor.

Su prometida murió de repente el mismo día en que Mauricio iba á pedirla á su padre.

Desde entonces Mauricio, que no había tenido otro amor, quedó como aletargado, insensible á toda pasión, su alma, que había sido de aquella mujer, guardó como en un sepulcro el amor que la había consagrado, y abandonó París en compañía de su hermana, para hallar algun alivio á su desesperación.

Por esto lo hemos encontrado en Madrid.

—¡Pobre muchacho! le dije á Tenerife, simpatizo con él. ¿Y quién era el rival ese que le salió en París?

—¿No le ha conocido V.?

—¿El conde del Mirlo?

—Precisamente.

—No podía ser otro. ¿Por eso persigue al conde el señor Maubiet? Prosiga V., que tengo que salir.

—Pronto acabo; no es esa la causa de la persecución, como voy á decir á V. luego.

V.

Ya ha visto V. el efecto que produjo en Madrid el simpático Sr. Maubiet.

Bien pronto él y su preciosa hermana empezaron á llamar la atención.

Se les veía en todas partes, él asistía al casino, gastaba con esplendor, se supo que era un gran tirador de florete, que había tenido algunos desafíos, se unieron estos antecedentes á su gallarda presencia, y hubo muchos que buscaron su amistad por conocer su vida.

El Sr. Maubiet, sin embargo, no ha tenido amigos íntimos; tuvo conocidos, pero á todos los trató muy superficialmente, porque entonces, perseguido aún por el recuerdo de su amada, era su carácter sombrío y reservado. Apenas hablaba con nadie y nunca se le vio sonreír.

Todo esto contribuyó á que se forjaran mil historias respecto á su vida; viéndole joven y elegante, rico y gallardo, se empezó á decir que era un seductor, que era el héroe de ciertas aventuras misteriosas, y de este modo poco á poco la bola de nieve fué tomando mayores proporciones, y ya se dió como cosa segura que era un galanteador afortunado, á quien las mujeres adoraban y los maridos temían.

(Se continuará.)

EL RELOJ DE LA EXISTENCIA.

Á CÁRLOS FRONTAURA.

I.

¿Crees que vives, Carlos?—¡Ay! ¿Cómo te equivocas!

Esas horas que pasan unas tras otras y que procuras dejar correr, ahogando tu infortunio con tu perpétua sonrisa, no pasan; el que pasa eres tú.

El hombre no es más que una máquina que anda movida por un resorte que llaman vida; se rompe el resorte, y se acaba el hombre.

Pues bien, responde á esta pregunta: ¿cuánto tiempo vive el hombre?

Si como dijo Calderon *la vida es sueño*, fácil parece que la almohada conteste diciendo las horas que el individuo ha vivido; pero Calderon no supo lo que decía; conozco una señora que duerme de día y de noche, ni más ni menos que cualquier cadáver; vive muerta, y sin embargo, se alarma con un simple dolor de cabeza, temiendo que la muerte venga á realizar su ideal, *eternizando su vida*.—A esta señora le gustan los *paréntesis*, y la muerte es un *punto final*.

No hace muchos días que murió un amigo mio, excéntrico como un inglés, el cual buscó sin descanso la felicidad.

El médico se empeña en que le mató una afección desconocida para la ciencia, y creo que á mi amigo le mataron el médico y sus setenta años; esta es cuestión de apreciaciones, y no la fallaré *ex-cátedra*; pero la verdad es que mi amigo ha muerto y que la causa Dios la sabe.

Ocupado en medir el tiempo, el tiempo pasó y pasó también él; al morir, se hallaba solo en su estancia con el

sacerdote; cuando entré, apreté la mano y contrajo sus facciones una sonrisa de ángel; era la vez primera que mi amigo se sonreía de aquel modo.

El sacerdote que vio llegado el momento fatal, le señaló al cielo; mi amigo abrió los ojos, murmuró la palabra *¡eureka!* y espiró.

Mi amigo, como Arquímedes, *había encontrado* lo que buscaba: al morir, encontró la *felicidad*.

¿Había sido desgraciado?

¿Había sido dichoso?

Si la felicidad era el problema que resolvía en su estertor, es fácil adivinar que su vida no había sido una cadena de venturas. Y lo prueba un manuscrito que encontré en su pupitre.

Te ofrezco, Carlos, ese manuscrito para que vayas sacando la cuenta.

Hélo aquí.

II.

Hoy cumplo setenta años; examinaré los ochocientos cuarenta meses que han pasado por mí ó para mí.

Al echar una ojeada retrospectiva, intento averiguar el tiempo que he vivido.

El instinto nos arrastra á conservar la existencia; pero la vida y la existencia son dos cosas muy distintas.

El hombre vive cuando se encuentra en la plenitud de su fuerza y goza.

El hombre existe mientras no se muere.

Aquello parecerá una paradoja; esto, una verdad de Pero Grullo.

Pero parezca lo que quiera; eso es lo que creo yo, y voy á probarlo á mí mismo, puesto que es para quien lo escribo.

Mi existencia ha durado hasta hoy veinticinco mil quinientos días; ¡qué pródiga ha sido la naturaleza conmigo! ¡concederme una profusión tal de días para aumentar la fecha de mis infortunios!

Si el hombre nació para cumplir la triste misión de sufrir, no vale la pena de arrastrar ese fardo que tanto nos cuesta y que se llama vida.

Entraré en el exámen.

Vine al mundo en un día claro y sereno para llenar de gozo á mis padres: el niño no siente la felicidad, extraño todavía á la razón.—Lloré, mamá, dormí: en una palabra, el primer año de mi existencia es una cantidad negativa.

Fuí creciendo: dicen que era [yo un niño precoz, que encantaba á mis padres; no me acuerdo ni de mis gracias, ni de los padecimientos que me proporcionaron la dentición, la vacuna, el sarampión, etc.—Llegué á los cinco años sin saber que existía.—Borro también esta época que no viví.

Asistí á la escuela; ¡oh! recuerdo que no aprendí nada, pero aún resuena en mi oído el son de la palmeta y de las disciplinas; salí de la escuela á los diez años mal enseñado, pero muy *disciplinado*.

Después de pasar la mano por mis espaldas, la dirijo al papel y resto este tiempo, en el cual no me explicaba lo que era la felicidad; pero ahora sé que no la disfruté por cuanto sólo me acuerdo de la parte terrorífica del sistema de enseñanza.

Entré en estudios mayores, y aquí empiezan las mayores desventuras. Para pasar del *quis vel qui* tuve que vivir encerrado y atormentar mis ojos y mi cabeza.

Me permití un paréntesis que no debo callar: ¡qué buen rato pasé al arrancar la peluca á mi maestro con un anzuelo! El me castigó sin piedad, pero yo me reí sin medida. Esta hora de venganza inocente vive todavía en mi memoria y me produce una satisfacción.

A los quince años fuí bachiller en filosofía y me hallé autorizado para aturdir con mis *bachillerías*. Iba á entrar en el mundo y empezaba á buscar la felicidad.

Cursé el primer año de jurisprudencia, y mi libre albedrío se echó por esos mundos, nuevo Colón de la felicidad, á buscar la estrella de la vida.

Corrí casas y calles y salones y paseos; un día tras otro, aturdido en vano, llega el exámen y salgo reprobado: verdad es que en cambio no había resuelto el problema.

Dejé la carrera y me lancé en busca de aventuras y del pan de cada día.

Cuando conseguía encontrarlo, me costaba quince horas diarias de afanes; me quedaban libres siete para dormir y dos para comer: no me dejaba el trabajo ni un minuto para pensar en la felicidad que debe sentirse en tener empleado el tiempo.

(Se concluirá.)

TEODORO GUERRERO.

CASCABELES

Leo en una carta dirigida á *El Imparcial* dando cuenta de los festejos que se hacen á la corte, á su paso por los pueblos de la provincia de Valencia, que una pareja de jóvenes presentó dos tarros de miel.

Vamos, esto ya es algo; no se dirá que no hay entusiasmo.

Por lo demás, el presente es ministerial, porque es cosa de comer y estas cosas son *consecuentes progresistas*.



La joven de la miel dijo que deseaba que este reinado fuera para los españoles dulce como el producto de las laboriosas abejas.

Esto es decirle que quieren que se haga de miel.

Y al que se hace de miel... ya se sabe.



Por supuesto, que también ha habido en Valencia coplitas alusivas.

Veán Vds. una:

«Salud al rey caballero,
que socorre la nación;
viva la Constitución
con Amadeo primero.»

Esto podrá ser un elogio, pero no lo parece, porque decirle... que le socorre la nación, no está muy propio que digamos.

Por lo demás, ya no habrá quien diga que la poesía muere.

¡No ha muerto la poesía, Dios mío, no ha muerto!



Ha llegado á esta corte, procedente de América, donde ha cantado en los principales teatros, la célebre prima donna Srta. Luisa Marchetti.

Segun nuestras noticias, ha sido tal el entusiasmo de los pueblos americanos por esta notable artista, que se ha construido en Santiago de Chile, como recuerdo de gratitud hácia esta eminente diva, un teatro que lleva su nombre.

Esperamos que el inteligente empresario de nuestro teatro de la Opera, Sr. Robles, sabrá aprovechar esta oportunidad para que el público de Madrid tenga ocasión de admirar y de aplaudir el talento y privilegiadas dotes de tan célebre artista.



Un periódico cuenta, como caso raro, que se cazan en los pueblos de Vizcaya osos de gran tamaño.

¡Como si no estuviéramos acostumbrados á ver osos hasta dentro de Madrid!

¡Pero cuánto oso, *citoyens!* ¡Y cómo van engordando!



Ya empieza el diluvio de *almanaques* para el año 1872. Variaciones sobre el mismo tema. Me parece que el público se va ya cansando de *almanaques*, que siempre son iguales con poca diferencia.

Yo estoy pensando en dar á mis suscritores otro regalo más nuevo y más á propósito.

Ya hablaremos de esto.



Entre los *almanaques* publicados veo en mi mesa *La ametralladora*, *El de los chistes*, *El omnibus* y *El hispano-americano*.

Este último es bastante ameno; lo ha confeccionado Lustonó y redactado una porción de escritores de primera clase como Aguilera, Breton, Balart, Campoamor, García Gutierrez, Hartzenbusch, Nuñez de Arce, Palacio, Picon, Rivera, Serra, Villergas, Zorrilla, Puente y Brañas, Robert, Sepúlveda, Granés, Correa, Ossorio y otra infinidad. La parte ilustrada, de Ortego.

Con que no digo más.



Ha llegado á esta corte una compañía de árabes aragelinos. Entre estos árabes y los *moros fronterizos* nos va á parecer que no estamos en España.

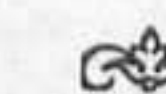


EN LA CALLE.

Histórico.

—¿Es V. la que se murió ó su hermana?

—Le diré á V. La que se murió fué mi hermana, pero yo fui la que estuvo más enferma.



Se anuncia la supresion de la agencia de preces á Roma.

En adelante, los que soliciten alguna gracia de la Santa Sede, podrán pedirla por sí ó como mejor les parezca.

Dicen que esto representa una economía grande para el Estado.

Pero yo pregunto... ¿Los particulares estarán tan bien servidos con más economía y prontitud?

Yo creo que no.

Verán Vds. cuánta agencia particular va apareciendo que se dedique á estas cosas, y ya me dirán Vds. si les sale más barato.

¡Oh, las economías! ¿Por qué no se harán donde se debe?

¡Esos cochecitos!...



—Habla V. sin propiedad;
muy mal habla V., D. Zóilo.

—Hombre, no sea V. neo;
la propiedad es... un robo.



El número 7.º del tomo IV de *Los Niños* contiene lo siguiente: *Setiembre*, por Pascual.—*La Peregrina*, por D. Antonio Arnao (con viñeta).—*Garcilaso de la Vega* (con el retrato).—*Geometría de los niños*, por Thuillier (con figuras).—*D. Alonso de Ercilla* (con el retrato).—*La medalla de oro*, por D. Emilio Alvarez.—*La geografía de los niños*, por D. F. Lopez Fabra (con viñeta).—*Página autógrafa* del Excmo. Sr. D. Pedro José Pidal, marques de Pidal.—*El herrador* (viñeta).

Con este número se reparte el prospecto iluminado de una *Baraja geográfica*, precioso é instructivo juego para los niños, del cual daremos detalles en otro número de EL CASCABEL, y cuya baraja se publicará en Octubre próximo.

Recomendamos á los padres de familia la notable revista de instruccion y recreo *Los Niños*.



Se calcula que el movimiento de tropas y de la escuadra que con motivo de la excursion de la corte radical se está verificando estos dias, costará al Estado unos ocho millones de reales.

Vamos, no es mucho; ménos se necesitaba para pagar á los médicos y farmacéuticos de las casas de socorro, y á tantos infelices que no cobran sus escasos haberes.



Parece que ya este verano los carlistas no se mueven. La empresa ha suspendido la representacion anunciada.

Así me gusta. Quietecitos y no hacer esas cosas, porque está feo.

Ya han podido convencerse de que sus espectáculos al aire libre no son del agrado del público.

En dos veranos han tenido el mismo desdichado éxito.

Esto y los Bufos, son cosas que ya no están de moda.



Un maestro de matemáticas á su discípulo:

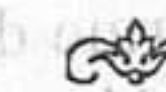
—Mira, Pepito, esto es un número mixto.

—El número ya lo veo, ¡pero y el mixto, dónde está?



Paul de Kock ha dejado escritas sus *Memorias*, pero por su encargo no se publicarán hasta que se cumpla un año de su muerte.

Será un libro curiosísimo que promete mucho interes y amenidad.



Por fin se ha dado una paga de las atrasadas á los empleados y dependientes del ayuntamiento.

Ya era hora. Pero, ya se ve, las economías...

Yo sí que economizaría muchos sueldos gordos, si me dejaran.

Pero no me dejarán.



Se ha dispuesto que se entreguen dos cartuchos por plaza á los voluntarios de Madrid.

¿Cuándo llegará el dia en que sólo se repartan cartuchos de monedas de cinco duros?

¡Entonces sí que habría voluntarios!

ANUNCIOS

LOS NIÑOS REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO

DIRIGIDA POR
Don Carlos Frontaura

Se han publicado tres tomos, y ha comenzado la publicación del 4.º

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusion de bellos grabados.

En los tres tomos publicados aparecen las firmas de los hombres mas eminentes de España.

Precios: en Madrid 12 reales trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

Los tomos publicados se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la Administracion, plaza de Matute, 2.

TEATRO NACIONAL DE LA OPERA.

Temporada de 1871 á 1872.

Lista por orden alfabético de los artistas que han de funcionar en la presente temporada.

Director artístico: Signor S. FIGUERAS DE LA COSTA.
Prime donne soprani e mezzo soprani: Signora ORTOLANI-TIBERINI, Angiolina.—URBAN, Alice.—WIZJACK, Emma.—FIANDO, Giuseppina.
Prime donne contralti, mezzo soprani: Signora BERNARDONI, Enrichetta.—CARACCIOLLO, Laura.
Comprimarie e seconde: Signora MARCO e GONZALVO.
Primi tenori: Signori POZZO, Felice.—PICCIOLI, Girolamo.—TAMBERLIK, Enrico.—TIBERINI, Mario.—FABRI, Pietro.
Primi baritoni: Signori LEONI QUINTILLI, Vincenzo.—SQUARCIA, Davide.—FAENTINI GALASSI, Antonio.
Primo basso cantante: Signor PETIT, Giulio.
Primi bassi: Signori CAPPONI, G.—BECERRA, G.
Tenori comprimari: Signori ARCARAZ, Pietro.—SANTES, Giuseppe.
Segundo basso: Signor UGALDE, Paolo.
Caricato: Signor RONCONI, Sebastiano.

Seconde parti.

Signore REY.—FLORES.—ALCALDE e TORRES.
Signori VELAZQUEZ.—ARNAL.—UGUET.—AGUILON e PASTOR.
Maestro e direttore di orchestra: Signor SKOCDOPOLE, Giovanni Daniele.
Prima ballerina: Signora BAY, Enrichetta.
Maestro concertatore: Signor VAZQUEZ, Mariano.
Direttore di scena: Signor UGALDE, Giovanni.
Direttore del ballo: Signor GUERRERO, Emanuele.
Pittori e direttori della scenografia: Signori FERRI e BUSATO.
Direttore della sartoria: Signor PARIS, Lorenzo.
Maestro de i cori: Signor NIETO, Emanuele.
Suggeritore: Signor SAPER, Francesco.
Machinista: Signor MARTINEZ, Gregorio.
Attrezzista: Signor NIETO, Leonardo.
ORCHESTA: 80 professori.—CORO: 80, uomini e donne.—BALLO: 30, spagnuole e straniere.

Repertorio.

Il Conte Ory.—Dinorah (il Pardon di Ploermel).—L'Ombra.—Jone.—Il Bravo.—Marino Falliero.—L'Ebreca.—Roberto il Diavolo.—Matilde di Shabran.—Il Nuovo Mossé.—Gli Ugonotti.—Un ballo in maschera.—Saffo.—Il Profeta.—Maria di Rohan.—Faust.—L'Africana.—Don Giovanni.—Favorita, y otras de las temporadas anteriores, alternando con las del repertorio de los artistas escriturados.
Nota. El tenor Sr. TAMBERLIK, tomará parte en las representaciones de este teatro á su regreso de América.

ABONO.

Queda abierto desde el dia 16 del corriente mes de Setiembre, en la Contaduría de este teatro, todos los dias desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde por el orden siguiente:
Los dias 16, 17 y 18 para los señores abonados que lo fueron á diario en la anterior temporada.
El 19, 20 y 21 para los que lo fueron á pares é impares.
El 22, 25 y 24 para los que lo fueron á tercer turno, y desde el 25 al 30 para los que deseen abonarse nuevamente, quedando ese dia definitivamente cerrado el abono.

ADVERTENCIA.

Deseando la Empresa facilitar al público el pago de las localidades por que se abone, establece el medio que se indica á continuación, rebajando el precio de las localidades á eleccion de los señores abonados, bien entendido que esta facilidad en verificar los pagos no les exime del compromiso de continuar con los suyos respectivos, hasta la terminacion de las 120 funciones por que se abre el abono.

ABONOS.

LOCALIDADES SIN ENTRADA.	Á DIARIO PAGANDO POR		Á PAR É IMPAR PAGANDO POR		Á TURNO DE TRES PAGANDO POR	
	30 funciones.	60 funciones.	30 funciones.	60 funciones.	20 funciones.	40 funciones.
Palcos plateas proscenios.	Rs. 16.000	Rs. 31.000	Rs. 5.550	Rs. 10.750	Rs. 5.500	Rs. 6.700
Idem inmediatos, plateas y bajos	» 10.500	» 20.350	» 5.000	» 9.700	» 5.500	» 6.700
Idem plateas y bajos, frente y costado	» 9.400	» 18.250	» 5.000	» 9.700	» 5.500	» 6.700
Id. principales proscenios.	» 10.500	» 20.350	» 5.000	» 9.700	» 5.500	» 6.700
Id. principales	» 5.000	» 9.700	» 2.750	» 5.500	» 1.850	» 3.550
Id. segundos proscenios	» 4.200	» 8.400	» 2.400	» 4.600	» 1.700	» 3.200
Id. segundos	» 3.000	» 5.800	» 2.040	» 3.800	» 1.400	» 2.700
Butacas	540	1.060	1.570	2.040	570	1.080
Delanteras de palco segdo.	» 480	» 920	» 270	» 500	» 275	» 500
Centros y terceras de palco segdo.	» 270	» 500	» 150	» 275	» 150	» 275
Antepedros de paraiso	» 270	» 500	» 150	» 275	» 150	» 275

PRECIO DE LAS LOCALIDADES EN EL DESPACHO Y CONTADURÍA.

	DESPACHO.	CONTADURÍA.
Palcos bajos y plateas, sin entrada	Rs. vn. 200	220
Idem principales, sin idem	120	140
Butacas, con entrada	30	34
Delanteras de palco, con idem	14	16
Centro de palco, con idem	10	12
Antepedro de paraiso, con idem	10	12
Segundas de antepedros, con idem	8	9
Primeras de paraiso y cubillos, con idem	6	7
Paraiso y entrada general	4	»

MADRID.—1871.

IMPRENTA, CALLE DEL CID, 4. (BARRIO DE RECOLETOS.)